

fines del "United States Bureau of Public Roads" conviene tener un organismo en este país con quien tratar la construcción de su carretera. Con ese organismo convendrá en qué le cederá el país a la civilización que nos traerá la carretera. Porque será carretera de civilización, aunque cuando hayamos contraído la deuda de diez millones de dólares que nos tienen presupuestados los del "Bureau of Public Roads", tengamos que entregarla al mismo "Bureau" para que la administre y se vaya amortizando la deuda altísima. Con una Junta es más fácil entenderse, siempre que esa Junta no esté formada por hombres que quieran a su patria por sobre todas las cosas. ¡Y qué fácil es integrar juntas con hombres débiles o malvados! ¡Qué fácil es

integrarlas en un país acechado por la cobardía y las conveniencias!

Bien, el recorte que el turista dejó caer junto a nosotros, nos ha dado meditación para una *Estampa*. Es admirable el poder de difusión de la hoja impresa. A este confín del mundo situado en medio de dos canales yanquis llega la noticia lanzada por un diario también yanqui. Un curioso pone en ella sus ojos y escribe a su país, a los hombres y mujeres de su país, los comentarios que esa noticia le sugiere una noche llena de brisa marina. ¿A la orilla de qué curioso llevará *Repertorio Americano* la noticia que damos de ser la carretera interamericana una de las negras esclavitudes que el imperialismo norteamericano nos prepara?

Juan del Camino

Limón y setiembre del 31.

Persiflage

— Colaboración directa —

Aburridos de Bizancio hicimos fuga a la Alejandría del 236 A. D.

Lección de Plotino sobre el amor entre los griegos

Para don José Fabio Garnier, antiguo director del Instituto de Alajuela, hombre que por el estudio, el espíritu y las aficiones es buen alejandrino de nos jours

Gissing quiso ir a Alajuela. Fue Maruxa quien le infundió la idea, quien le encendió y avivó el deseo. Porque llegara a unírseles el clavel moreno, mi viejo amigo me mandó recado urgente de formar en su compañía. En la ciudad de la estatua hicimos coro aparte. El camión nos dejó cerca de sombra donde reposar. Bajo el atardecer y sobre el adornado pedestal, Juan Santamaría echaba su carrera de bronce,—de espaldas a Rivas,—hacia donde van los héroes, que es a ninguna parte. El enano cartaginés, ganadero inquieto, llegó un momento a saludarme. Estuvo muy cortés, recordando, sin duda, aquella mañana herediana cuando quise que conociera a Galileo. Apenas si se detuvo a nuestro lado. Tenía programa de baile que llenar. ¡Qué enano bailarín!

Tocaba una marimba. Maruxa se quedó como en éxtasis, con los ojos, descoloridos, más vacuos que jamás, con los labios, gruesos y húmedos, abiertos en pampa, y con las encías, desdentadas, expuestas a todas las moscas, cosa que me pareció pariente de lo obsceno. Las gentes que tienen fea boca no debieran, por pudor, abrirla delante de sus semejantes. Gissing estaba absorto en su pensamiento sin que yo pudiera, ni quisiera, adivinárselo. El clavel moreno estaba a mi lado. El clavel moreno estaba conmigo. Eso me bastaba.

¡Qué linda se veía de rivense del tiempo ido! Lo largo de la enagua,—que los fustanes, almidonados y adornados de tiras bordadas, esponjaban,—le daba consistencia de mujer hecha y derecha. Bien sabía yo, sin embargo, cómo, bajo la ficción de la ropa pretérita, se ocultaba la realidad morena, tibia, esbelta, de sus caderas, delicada, vir-

gínea, redonda, de su fundamento, lisa, firme, con un solo hoyuelo, de su vientre, y doble, larga, exquisita, de sus piernas, ríos las dos, para mí Tigris la una y Éufrates la otra. Pero me encantaba que pareciera, con su vestido faldoso de zaraza colorida, mujer grande ya, mujer, digamos, capaz de pasar por las calles de Alajuela, como aquella que pasó, pandeado atrás el espinazo, chiqueándose al andar, para mantener el equilibrio de grávida barriga. Al margen de esto giraba con vuelo de abeja la conversación rumorosa que ella y yo nos traíamos. Entre que le comprara una muñeca o le pegara un hijo, no podía, era evidente, decidirse. El clavel moreno nunca ha tenido muñeca como las que ha visto, días pasados, en las tiendas de San José y, toda la vida, en sueños. Le encantaría tener una. Pero untiernito también le encantaría tener. "¿Y que te lo pegue yo, verdad, que te lo pegue yo?" Y ella ha contestado: "Sí... ¡Qué dicha!" Y luego me ha mirado largo. Y luego ha dicho: "Si me compra la muñeca, que sea machita". Y luego: "Hay de dos clases, unas que hablan y unas que no". Y luego: "Me gustaría que hablara, pero las que no hablan son mayores". "Te compraré, pues, de las que no hablan", le digo. Y ella me mira otra vez largo, y suspira, y dice: "Cómprame la que usted quiera". Debajo del rebozo sedado le he estado acariciando los pezones, y se le ponen duros. A lo lejos sigue la marimba. No hay música sensual como esa de negros y de indios. Cuando cesa hay un fragor de aplausos como yo me imagino que ha de ser la tumbazón playera en isla de naufragio. La marimba cesó y me dejó náufrago en una emoción.

El enano había vuelto y tenía trabado argumento con el viejillo Gissing. El enano tenía puesto un gorro frigio en la cabeza. "Los pueblos necesitan un héroe, y si no lo tuviéramos tendríamos que inventarlo", decía el enano. "Los pueblos lo que necesitan es la verdad", respondió Gissing. "La verdad es lo que cree el pueblo", replicó, astuto, el enano, y parecía un autogiro que comenzara a alzarse, tal era el movimiento que hacía con los brazos. La marimba comenzó de nuevo y el enano corrió a sacar a su pareja. Anochecía y todas las luces se prendieron "¡By Jove",—exclamó Gissing—"que esto es Bizantino!" Alguien había vitoreado a Teodoro, por cuya orden imperial la tea incendiaria de Juan Santamaría se había vuelto bombilla de luz eléctrica *made in U.S.A.* "By Jove", exclamó Gissing descontento,—"salgamos de Bizancio!"

Tomamos rumbo al suroeste y, una vez vencido el estrecho de los Dardanelos, seguimos hacia el sur, virando ligeramente hacia el este, hasta entrar, atravesando el Mediterráneo, y por el brazo canópico del delta del Nilo, a la rada de la antigua Alejandría. ¿Qué diré de las islas de amor entre las que habíamos pasado? ¿Todas aquellas parejillas no cantaban, acaso, el *Pervigilium Veneris* de que nos habla en *Mario el epicúreo* Walter Pater? Islas de amor, Lesbos y Chipre y Amatunte y Melos. *Cras amet qui nunquam amavit, quique amavit cras amet!* El bullicio de Alejandría nos obligó a ocultar el deleite. "Mejor me das la mano",—le dije al clavel moreno—"no te me vayas a perder". "¿Y la muñeca?" "Aquí en Alejandría las hay mejores que en Bizancio". "¿Mejores que en San José?" "Mejores. ¡Si te me perdieses me moría!" Las manitas le sudaban. En Alejandría hace un calor delicioso. ¡Qué espeso el aire que se respira aquí! Llenos de él, los pulmones se sienten bien cargados. ¡Dios, y qué olores! De mar, de río, de lago, de jardín.

El desembarcadero queda, cerca del Hipódromo, al extremo oriental de la ancha calle larga que atraviesa a la ciudad y remata, al occidente, en la Necrópolis. Divide esta calle a la ciudad en norte y sur, y la corta a su vez otra de igual amplitud que forma cruz con ella y parte a la ciudad en cuatro cantones bien definidos. Nos lo explica el guía. Es egipcio. No tendrá mucho arriba de treinta años. Habla un griego mal pronunciado a veces pero lúcido. Cuando salió de Licópolis, que queda Nilo arriba, nos confiesa, no hablaba griego todavía. En Alejandría estudia. En la mano lleva un papiro enrollado con el que señala los rumbos de la ciudad. Se le va acabando la pequeña herencia con que vino a comprar sabiduría. Por eso trabaja. Su patrón es Ammonio,—el mismo que se encargara de llevarnos a hospedaje adecuado,—apellidado Saccas, esto es "mozo de cuerda" o "cargador", a quien, sin embargo, nuestro guía llama "el maestro". Gissing quería lugar cerca de la Biblioteca, o bien por el *Sera-*